

LA TORRE DEL VIRREY
INSTITUTO DE ESTUDIOS CULTURALES AVANZADOS

LOS DIÁLOGOS DE LA TORRE DEL VIRREY

Diálogos sobre los *Diálogos* de Platón IV

1. PROTÁGORAS

8 DE OCTUBRE DE 2021, 18H.

Ponente: María Golfe

Enlace al webinar: <https://zoom.us/j/97455033859>

Los diálogos de La torre del Virrey 1

La torre del Virrey. Instituto de estudios culturales avanzados
Webinar/Viernes 8 de octubre de 2021, 18 h.

PONENTE: María Golfe

Protágoras

AMIGO—. ¿Es que no vas a contarnos la reunión, si nada te lo impide, sentándote aquí, en el sitio que te cederá este esclavo?

SÓCRATES—. Desde luego. Y os daré las gracias por escucharme.

AMIGO—. Más bien nosotros a ti por hablar.

SÓCRATES—. Va a ser un agradecimiento mutuo. Así que oíd.

Bibliografía

Platonis Opera, ed. de John Burnet, Oxford University Press, 1903.
Disponible en Perseus Digital Library.

PLATÓN, *Diálogos*, ed. de Emilio Lledó *et al.*, Gredos, Madrid, 2006, 9 vols.

DEBRA NAILS, *The People of Plato: A Prosopography of Plato and Other Socratics*, Hackett, Indianápolis, 2002.

EDWARD SCHIAPPA, *Protagoras and Logos. A Study in Greek Philosophy and Rhetoric*, University of South Carolina, 2003.

UGO ZILIOI, *Protagoras and the Challenge of Relativism. Plato's Subtlest Enemy*, Ashgate Publishing, Hampshire UK y Burlington USA, 2007.

CATHARINE H. ZUCKERT, *Plato's Philosophers. The coherence of the dialogues*, The University of Chicago Press, 2009.

LAURENCE LAMPERT, *How Philosophy Became Socratic: A Study of Plato's Protagoras, Charmides, and Republic*, The University of Chicago Press, 2010.

Protagoras of Abdera: The Man, His Measure, ed. de Johannes M. van Ophuijsen, Marlein van Raalte y Peter Stork, *Philosophia Antiqua* vol. 135, Brill, Leiden, 2013.

Early Greek Philosophy vol. VIII, Sophists 1, ed. y trad. de André Laks y Glenn W. Most, Harvard University Press, Cambridge, 2016.

Plato's Protagoras. Essays on the Confrontation of Philosophy and Sophistry, ed. de Olof Pettersson y Vigdis Songe-Møller, Springer, Cham, 2017.

WILLIAM H. F. ALTMAN, 'El Orden de Lectura de los *Diálogos* de Platón', trad. de J. M. Jiménez Caballero, *La torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, 25/1 (2019).

<https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/269/236>

—, *Ascent to the Beautiful. Plato the Teacher and the Pre-Republic Dialogues from Protagoras to Symposium*, Lexington Books, Lanham, MD, 2020.

Framing the Dialogues. How to Read Openings and Closures in Plato, ed. de Eleni Kaklamanou, Maria Pavlou y Antonis Tsakmakis, Brill's Plato Studies Series vol. 6, Brill, Leiden, 2020.



la torre del Virrey

Instituto de estudios culturales avanzados

“Prólogo” 309 a-310 a

El *Protágoras* está enmarcado por los movimientos de llegada y de salida. La última palabra del diálogo es ἀπῆμεν, “nos fuimos”; la primera palabra es πόθεν, adverbio interrogativo que significa “¿de dónde?” La última palabra nos dice que se marcharon y si volvemos a la primera palabra nos dice que Sócrates, él solo, está llegando de alguna parte (“Seguro que de una partida de caza en pos de la lozanía de Alcibíades”, 309 a) y se dirige a alguna parte: un movimiento circular *dentro* del *Protágoras*.

“Acto I”, empieza el relato de Sócrates (310 a). Hipócrates llama a la puerta de Sócrates “en esta noche pasada, aún muy de madrugada” y ambos dialogan sobre Protágoras y su profesión (310 b-314 a). Llegan a casa de Calias, Sócrates observa a los sofistas (“catálogo de sofistas”, 314 b-316 a; cf. “The Garden of Callias” en ALTMAN, *Ascent to the Beautiful* y “Socrates in Hades” LAMPERT, *How Philosophy Became Socratic*): Protágoras como Sísifo y Orfeo y su coro (ἐν τῷ χορῷ). Presentación ante y de Protágoras.

“Acto II”, (319 a-334 c). Objeciones de Sócrates. Sócrates “προμηθεόμαι”; la “πολιτικὴν τέχνην” y Pericles y Clinias: “Así que yo, Protágoras, atendiendo a estos ejemplos, creo que no es enseñable la virtud” (320 b). Discurso de Protágoras: mito de Prometeo (“προμηθεύς”, 320 c-313 a), seguido de explicación (λόγος) y apología (323 a-328 d). Reparos de Sócrates y diálogo entre ellos: unidad de la virtud, contrarios y el “bien variado y multiforme (οικίλον τί ἐστὶν τὸ ἀγαθὸν καὶ παντοδαπὸν, 334 b)”.
 Instituto de Estudios Multidisciplinares del Virrey

“Intermission” (334 e-338 e): intervenciones de (1) Calias, (2) Alcibíades, (3) Critias, (4) Pródico y (5) Hippias—“The Preview of coming attractions”—.



“Acto III”, (338 e-347 a). Protágoras pregunta, Sócrates responde: “Creo yo, Sócrates, que, para un hombre, parte importantísima de su educación es ser entendido en poesía” (339 a). Comentario poético de Simónides por Sócrates (“misinterpretation” en ALTMAN, *Ascent to the Beautiful*). Vuelta al diálogo (347 b-349 d). Segundo diálogo entre Sócrates y Protágoras.

“Epílogo” (360 e-362 a). Inconclusión y despedida: “en el mito me agradó más Prometeo que Epimeteo”.

309 a-310 a

AMIGO—. ¿De dónde sales, Sócrates? Seguro que de una partida de caza en pos de la lozanía de Alcibíades. Precisamente lo vi yo anteayer y también a mí me pareció un bello mozo todavía, aunque un mozo que, dicho sea entre nosotros, Sócrates, ya va cubriendo de barba su mentón. [Ἐταῖρος—. πόθεν, ὃ Σώκρατες, φαίνει; ἢ δῆλα δὴ ὅτι ἀπὸ κυνηγεσίου τοῦ περὶ τὴν Ἀλκιβιάδου ὄραν; καὶ μὴν μοι καὶ πρόην ἰδόντι καλὸς μὲν ἐφαίνετο ἀνὴρ ἔτι, ἀνὴρ μέντοι, ὃ Σώκρατες, ὡς γ' ἐν αὐτοῖς ἡμῖν εἰρήσθαι, καὶ πάγονος ἤδη ὑποπιπλάμενος]

SÓCRATES—. ¿Y qué con eso? ¿No eres tú, pues, admirador de Homero, quien dijo que la más agraciada adolescencia era la del primer bozo [τοῦ πρώτου ὑπηνήτου; cf. “πρῶτον ὑπηνήτη, τοῦ περ χαριεστάτη ἦβη:” en *Iliada* XXIV, 348 y *Odisea* X, 279], esa que tiene ahora Alcibíades?

AMIGO—. ¿Qué hay, pues, de nuevo? ¿Vienes, entonces, de su casa? ¿Y cómo se porta contigo el muchacho?

SÓCRATES—. Bien, me parece a mí, y especialmente en el día de hoy. Que mucho ha dicho en mi favor, socorriéndome, ya que, en efecto, ahora vengo de su casa. Pero voy a decirte algo sorprendente. Aunque él estaba allí, ni siquiera le prestaba mi atención, y a menudo me olvidaba de él.

AMIGO—. ¿Y qué cosa tan enorme puede haberos ocurrido a ti y a él? Porque, desde luego, no habrás encontrado a alguien más bello, en esta ciudad al menos.

SÓCRATES—. Mucho más todavía.

AMIGO—. ¿Qué dices? ¿Ciudadano o extranjero?

SÓCRATES—. Extranjero.

AMIGO—. ¿De dónde?

SÓCRATES—. De Abdera.

AMIGO—. ¿Y tan hermoso te pareció ser ese extranjero, al punto de resultarte más bello que el hijo de Clinias?

SÓCRATES—. ¿Cómo no va a parecer más bello lo que es más sabio, querido amigo?

AMIGO—. Entonces es que acabas de encontrar a algún sabio. ¿No, Sócrates?

SÓCRATES—. Al más sabio, sin duda, de los de ahora, si es que consideras muy sabio a Protágoras.

AMIGO—. ¿Pero qué dices? ¿Protágoras ha venido de viaje?

SÓCRATES—. Ya es su tercer día aquí.

AMIGO—. ¿Y, por tanto, vienes de estar con él?

SÓCRATES—. Y de hablar y oír muchísimas cosas.

AMIGO—. ¿Es que no vas a contarnos [ἡμῖν] la reunión, si nada te lo impide, sentándote aquí, en el sitio que te cederá este esclavo?

SÓCRATES—. Desde luego. Y os daré las gracias por escucharme [ἀκούητε].

AMIGO—. Más bien nosotros [ἡμεῖς] a ti por hablar.

SÓCRATES—. Va a ser un agradecimiento mutuo. Así que oíd [ἀλλ' οὖν ἀκούετε].

310 d

Como yo me daba cuenta de su energía y su apasionamiento [τὴν ἀνδρείαν καὶ τὴν πτοίησιν], le dije:

— ¿Qué te pasa? ¿Es que te debe [ἀδικεῖ] algo Protágoras?

Él *sonrió* [γελάσας] y dijo:

— ¡Por los dioses!, Sócrates, sólo en cuanto que él es sabio, y a mí no me lo hace [ὅτι γε μόνος ἐστὶ σοφός, ἐμὲ δὲ οὐ ποιεῖ].

— Pues bien, ¡por Zeus! [μὰ Δία], si le das dinero y le convences, también a ti te hará sabio [ἂν αὐτῷ διδῶς ἀργύριον καὶ πείθης ἐκεῖνον, ποιήσει καὶ σὲ σοφόν].

311 e-312 a

— ¿Cómo a un sofista, por tanto, vamos a pagarle el dinero?

— Exacto.

— Si luego alguno te preguntara también esto: «¿Y tú, en qué tienes intención de convertirte al acudir a Protágoras?»

Y él me dijo, *ruborizándose* [ἐρυθριάσας] —como apuntaba ya algo el día pude notárselo—.

313 b-314 b

— [...] después de enterarte por la noche, según dices, llegas de mañana sin haber hecho ningún cálculo ni buscado consejo alguno sobre ello, si debes confiarte o no, y estás dispuesto a dispensar tus riquezas y las de tus amigos, como si hubieras reconocido que debes reunirte de cualquier modo con Protágoras, a quien no conoces, como has dicho, con el que no has hablado jamás, y al que llamas sofista; si bien qué es un sofista, parece que lo ignoras, en quien vas a confiarte a ti mismo.

Entonces él, *después de escucharme* [ἀκούσας], contestó:

— Tal parece, Sócrates, por lo que tú dices.

— Ahora bien, Hipócrates, ¿el sofista viene a ser un traficante o un tendero de las mercancías de que se nutre el alma? A mí, al menos, me parece que es algo así.

— ¿Y de qué se alimenta el alma, Sócrates?

— Desde luego de enseñanzas [μαθήμασιν δήπου], dije yo. De modo que, amigo [ἑταῖρε], cuidemos de que no nos engañe el sofista con sus elogios de lo que vende [...]. Pero las enseñanzas no se pueden transportar en otra vasija, sino que es necesario [ἀνάγκη], después de entregar su precio, recogerlas en el alma propia [μάθημα ἐν αὐτῇ τῇ ψυχῇ λαβόντα], y una vez aprendidas retirarse dañado o beneficiado.

Examinaremos [σκοπώμεθα] esto luego con otras personas de más edad que nosotros.

312 c

— Que vas a ofrecer tu alma [τὴν ψυχὴν], para que la cuide [θεραπεῦσαι], a un hombre que es, según afirmas, un sofista [ἀνδρί, ὡς φήεις, σοφιστῇ]. Pero qué es un sofista, me sorprendería que lo sepas [ὅτι δέ ποτε ὁ σοφιστής ἐστιν, θαυμάζοιμι ἂν εἰ οἴσθα]. Y si, no obstante, desconoces esto,

tampoco sabes siquiera a quién entregarás [παραδίδως] tu alma, ni si para asunto [πράγματι] bueno o malo [οὔτ' εἰ ἀγαθῶ οὔτ' εἰ κακῶ].

— Yo creo saberlo [εἰδέναι], dijo.

— Dime, ¿qué crees que es un sofista?

— Yo, dijo, como indica el nombre, creo que es el concedor de las cosas sabias [τὸν τῶν σοφῶν ἐπιστήμονα].

314 d

Cuando llegamos ante el portal, nos quedamos dialogando sobre un tema que se nos había ocurrido por el camino, para que no quedara inacabado, sino que entráramos después de llegar a las conclusiones. Detenidos en el portal dialogábamos, hasta que nos pusimos de acuerdo el uno con el otro. Parece que el portero, un eunuco, nos estaba escuchando y, posiblemente, andaba irritado, por la multitud de sofistas, con los que acudían a la casa. Ya que, apenas golpeamos la puerta, al abrir y vernos, dijo: «¡Ea, otros sofistas! ¡Está ocupado!»

315 b-c

«A éste alcancé a ver después», como decía Homero, a Hippias de Élida, instalado en la parte opuesta del pórtico, en un alto asiento [...]. «Y, a continuación, llegué a ver también a Tántalo.» [...] Pues también había venido de viaje Pródico de Ceos y estaba en una habitación que, antes, Hipónico usaba como cuarto de despensa.

340 a

Me parece que yo te llamo en mi socorro, como contaba Homero que el Escamandro sitiado por Aquiles apelaba al Simunte: «¡Querido hermano, el empuje de este hombre juntos los dos detengamos!»

348 d

Pues creo que acertaba Homero al decir lo de: «Marchando los dos juntos, el uno alcanza a ver antes que el otro». Porque reunidos somos los hombres de algún modo más hábiles para cualquier trabajo, palabra o plan.

316 a-318 a

Cuando hubimos entrado y después de pasar unos momentos contemplando el conjunto, avanzamos hacia Protágoras y yo le dije:

— Protágoras, a ti ahora acudimos éste, Hipócrates, y yo.

— ¿Es con el deseo de hablar [διαλεχθῆναι] conmigo a solas o también con los demás?, preguntó.

— A nosotros, dije yo, no nos importa. Después de oír por qué venimos, tú mismo lo decides.

— ¿Cuál es, pues, el motivo de la visita?, dijo.

— Este Hipócrates es uno de los naturales de aquí, hijo de Apolodoro, de una casa grande y próspera, y, por su disposición natural, me parece que es capaz de rivalizar con sus coetáneos. Desea, me parece, llegar a ser ilustre en la ciudad, y cree que lo lograría mejor, si tratara contigo. Ahora

ya mira tú si crees que debes dialogar sobre esto con nosotros solos o en compañía de otros.

— Correctamente velas [προμηθῆ] por mí, Sócrates, dijo. [...] el arte de la sofística es antiguo, si bien los que lo manejaban entre los varones de antaño, temerosos de los rencores que suscita, se fabricaron un disfraz, y lo ocultaron, los unos con la poesía, como Homero, Hesíodo y Simónides, y otros, en cambio, con ritos religiosos y oráculos, como los discípulos de Orfeo y Museo. [...]

Todos éstos, como digo, temerosos de la envidia, usaron de tales oficios como velos. Pero yo con todos ellos estoy en desacuerdo en este punto. Creo que no consiguieron en absoluto lo que se propusieron, pues no pasaron inadvertidos a los que dominaban en las ciudades [τῶν ἀνθρώπων τοὺς δυναμένους ἐν ταῖς πόλεσι πράττειν], en relación con los cuales usaban esos disfraces. Porque la muchedumbre [οἳ γε πολλοὶ], para decirlo en una palabra, no comprende nada, sino que corea lo que estos poderosos les proclaman. [...] Yo, sin embargo, he seguido el camino totalmente opuesto a éstos, y reconozco que soy un sofista [καὶ ὁμολογῶ τε σοφιστὴς εἶναι] y que educo a los hombres. [...]

Joven, si me acompañas te sucederá que, cada día que estés conmigo, regresarás a tu casa hecho mejor [βελτίονι γεγονότι], y al siguiente, lo mismo. Y cada día, continuamente, progresarás hacia lo mejor [ἀεὶ ἐπὶ τὸ βέλτιον ἐπιδιδόναι].

311 b

— [...] si alguno te preguntara: «¿Dime, vas a pagarle, Hipócrates, a Hipócrates en condición de qué?»

318 c-319 a

— [...] Si alguien le preguntara: «¿En qué dices que será mejor y hacia qué avanzará?» [...]

— Preguntas tú bien [καλῶς], Sócrates, y yo me alegro al responder [χαίρω ἀποκρινόμενος] a los que bien [καλῶς] preguntan. [...] Porque, a pesar de que ellos [los jóvenes] huyen de las especializaciones técnicas, los reconducen de nuevo contra su voluntad [ἄλλοι λωβῶνται τοὺς νέους] y los introducen en las ciencias técnicas, enseñándoles cálculos, astronomía, geometría y música —y al decir esto lanzó una mirada de reojo a Hippias. [...] Mi enseñanza es la buena administración de los bienes familiares [εὐβουλία περὶ τῶν οἰκείων], de modo que pueda él dirigir óptimamente su casa, y acerca de los asuntos políticos, para que pueda ser él el más capaz de la ciudad [τῆς πόλεως δυνατώτατος], tanto en el obrar [πράττειν] como en el decir [λέγειν].

309 c

SÓCRATES—. ¿Cómo no va a parecer más bello lo que es más sabio, querido amigo? [τὸ σοφώτατον κάλλιον φαίνεσθαι;]

319 a-b

— ¿Entonces, dije yo, te sigo en tu exposición? Me parece, pues, que hablas de la ciencia política [πολιτικὴν τέχνην] y te ofreces [ὕπισχνεῖσθαι] a hacer a los hombres [ποιεῖν ἄνδρας] buenos ciudadanos [ἀγαθοὺς πολίτας].

— Ese mismo es, Sócrates, el programa que yo profeso [τὸ ἐπάγγελμα ὃ ἐπαγγέλλομαι].

— ¡Qué hermoso [καλόν] objeto científico [τέχνημα] te has apropiado, Protágoras, si es que lo tienes dominado! [...] no creo que eso sea objeto de enseñanza ni susceptible de previsión de unos hombres para otros [...].

361 a-c

— Y me parece que esta reciente conclusión de nuestros razonamientos, como un ser humano nos acusa y se burla de nosotros, y si tuviera voz, diría: «¡Sois absurdos, Sócrates y Protágoras! Tú, que decías antes que la virtud no es enseñable, te apresuras a intentar demostrar lo contrario a tu tesis [...]. Por su parte, Protágoras, que entonces pretendía que se podía enseñar, ahora por el contrario parece que se esfuerza en mostrar que es casi cualquier otra cosa excepto ciencia. Y así, sería mínimamente enseñable.»

319 c- 320 c

— Yo, de los atenienses, como también de los griegos, afirmo que son sabios. Pues veo que, cuando nos congregamos [συλλεγῶμεν] en la asamblea [...]. Acerca de las cosas que creen que pertenecen a un oficio técnico, se comportan [διαπράττονται] así. Pero cuando se trata de algo que atañe al gobierno de la ciudad [περὶ τῶν τῆς πόλεως διοικήσεως] [...]. Así que yo, Protágoras, atendiendo a estos ejemplos, creo que no es enseñable la virtud. Pero al oírte tal aserto, me doblego y creo que tú lo dices con alguna razón, por conocer que eres experto en muchas cosas, y muchas has aprendido y otras las has descubierto tú mismo. Así que, si puedes demostrarnos de modo más claro que la virtud es enseñable, no nos prives de ello, sino danos una demostración.

— Desde luego, Sócrates, dijo, no os privaré de ello. ¿Pero os parece bien que, como mayor a más jóvenes, os haga la demostración relatando un mito, o avanzando por medio de un razonamiento [μῦθον λέγων ἐπιδείξω ἢ λόγῳ διεξελθόν]?

Discurso de Protágoras: μῦθος (320 c-324 d) y λόγος (324 d-329 b)

320 c-321 a

[...] Prometeo, apurado por la carencia de recursos, tratando de encontrar una protección para el hombre, roba a Hefesto y a Atenea su sabiduría profesional [ἔντεχνον σοφίαν] junto con el fuego —ya que era imposible que sin el fuego aquélla pudiera adquirirse o ser de utilidad a alguien— y, así, luego la ofrece como regalo al hombre. De este modo, pues, el hombre consiguió tal saber para su vida; pero carecía del saber político, pues éste dependía de Zeus. Ahora bien, a Prometeo no le daba ya tiempo de penetrar en la acrópolis en la que mora Zeus; además los centinelas de

Zeus eran terribles. En cambio, en la vivienda, en común, de Atenea y de Hefesto, en la que aquéllos practicaban sus artes, podía entrar sin ser notado, y, así, robó la técnica de utilizar el fuego de Hefesto y la otra de Atenea y se la entregó al hombre. [...] aunque a Prometeo luego, a través de Epimeteo, según se cuenta, le llegó el castigo de su robo.

321 c

Mientras estaba perplejo [ἀποροῦντι], se le acerca Prometeo que venía a inspeccionar [ἐπισκεψόμενος] el reparto [τὴν νομήν], y que ve a los demás animales que tenían cuidadosamente de todo, mientras el hombre estaba desnudo y descalzo y sin coberturas ni armas.

324 d

[...] ¿caso existe, o no, algo de lo que es necesario [ἀναγκαῖον] que participen todos los ciudadanos, como condición para que exista una ciudad? Pues en eso se resuelve ese problema [ἡ ἀπορία] que tú tenías, y en ningún otro punto.

324 d

Pero aún queda otro problema [ἀπορία], el que tú planteas acerca de los hombres de bien [ἦν ἀπορεῖς περὶ τῶν ἀνδρῶν τῶν ἀγαθῶν]: que por qué estos hombres de bien enseñan las demás cosas a sus hijos, las que dependen de profesores, haciéndolos sabios [σοφοὺς ποιοῦσιν], y no en lo que respecta a la virtud por la que ellos mismos se distinguen [ἦν δὲ αὐτοὶ ἀρετὴν ἀγαθοί], en nada haciéndolos mejores [οὐδενὸς βελτίους ποιοῦσιν]. Acerca de eso, Sócrates, no te diré un mito [μῦθόν] más, sino un razonamiento [λόγον].

324 e-325 b

Porque, si existe y es algo único [τὸ ἕν], no se trata de la carpintería ni de la técnica metalúrgica ni de la alfarería, sino de la justicia, de la sensatez y de la obediencia a la ley divina [ἀλλὰ δικαιοσύνη καὶ σωφροσύνη καὶ τὸ ὄσιον], y, en resumen, esto como unidad [ἓν αὐτὸ] es lo que proclamo que es la virtud del hombre [ἀνδρὸς ἀρετὴν]. Si existe eso de lo que deben participar todos [πάντας μετέχειν], de acuerdo con ello debe obrar todo hombre [πάντ' ἄνδρα], siempre que [ἐάν τι] quiera aprender [βούληται μανθάνειν ἢ πράττειν] o hacer cualquier cosa [οὕτω πράττειν], y sin ello, no; y al que no participe [μὴ μετέχοντα] es preciso enseñárselo y castigarle [καὶ διδάσκειν καὶ κολάζειν], tanto si es niño, como si es hombre o mujer [καὶ παῖδα καὶ ἄνδρα καὶ γυναῖκα], hasta que por medio del castigo se haga mejor [βελτίων γένηται], y al que no obedezca, por más que se le castigue y enseñe, hay que echarle de la ciudad o matarle como si se tratase de un incurable. Si esto es así y, siendo así, los hombres de bien [οἱ ἀγαθοὶ ἄνδρες] enseñan las demás cosas a sus hijos, pero ésta no, observa [σκέψαι] qué extrañas [ὡς θαυμασίως] resultan las personas de bien [γίγνονται οἱ ἀγαθοί].

322 a-d

Puesto que el hombre tuvo participación en el dominio divino [δὲ ὁ ἄνθρωπος θείας μετέσχε μοίρας] a causa de su parentesco con la divinidad [μὲν διὰ τὴν τοῦ θεοῦ συγγένειαν], fue, en primer lugar, el único de los animales [ζῴων μόνον] en creer en los dioses, e intentaba construirles altares y esculpir sus estatuas. Después, articuló rápidamente, con conocimiento, la voz y los nombres [φωνὴν καὶ ὀνόματα], e inventó sus casas, vestidos, calzados, coberturas, y alimentos del campo. Una vez equipados de tal modo, en un principio habitaban los humanos en dispersión, y no existían ciudades [πόλεις δὲ οὐκ ἦσαν]. [...] su técnica manual [ἡ δημιουργικὴ τέχνη] resultaba un conocimiento suficiente como recurso para la nutrición, pero insuficiente para la lucha contra las fieras. Pues aún no poseían el arte de la política, a la que el arte bélico pertenece [πολιτικὴν γὰρ τέχνην οὐπω εἶχον, ἧς μέρος πολεμικὴ]. Ya intentaban [ἐζήτουν] reunirse y ponerse a salvo con la fundación de ciudades [ἀθροίζεσθαι καὶ σφύζεσθαι κτίζοντες πόλεις]. Pero, cuando se reunían, se atacaban unos a otros, al no poseer la ciencia política [πολιτικὴν τέχνην]; de modo que de nuevo se dispersaban y perecían.

Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza, y envió a Hermes que trajera a los hombres el sentido moral y la justicia [αἰδῶ τε καὶ δίκην], para que hubiera orden en las ciudades [πόλεων κόσμοι] y ligaduras acordes de amistad [καὶ δεσμοὶ φιλίας συναγωγοί]. [...] «A todos, dijo Zeus, y que todos sean partícipes. Pues no habría ciudades, si sólo algunos de ellos participaran, como de los otros conocimientos. Además, impón una ley de mi parte: que al incapaz de participar del honor y la justicia lo eliminen como a una enfermedad de la ciudad.» (sc. *Banquete* 190 c)

Instituto de estudios culturales avanzados

323 e

[...] Pero de cuantos bienes creen que por medio del ejercicio y la atención sobrevienen a los hombres, acerca de éstos, si uno no los posee, sino que tiene, los defectos contrarios, sin duda se producen indignaciones, castigos y reprimendas. De estos vicios uno [ἓν] es la injusticia [ἡ ἀδικία], también lo es la impiedad [ἡ ἀσέβεια] y, en una palabra, todo lo opuesto a la virtud política.

322 e-323 c

Pero cuando se meten en una discusión sobre la excelencia política [πολιτικῆς ἀρετῆς], que hay que tratar enteramente con justicia y moderación [διὰ δικαιοσύνης πᾶσαν ἰέναι καὶ σωφροσύνης], naturalmente aceptan a cualquier persona como que es el deber de todo el mundo participar de esta excelencia; de lo contrario, no existirían ciudades. Ésa, Sócrates, es la razón de esto.

[...] en realidad, todos los hombres creen que cualquiera participa de la justicia y de la virtud política en general [...].

[...] en la justicia y en la restante virtud política, si saben que alguno es injusto y éste, él por su propia cuenta, habla con sinceridad en contra de la mayoría, lo que en el otro terreno se juzgaba sensatez, decir la verdad,

ahora se considera locura, y afirman que delira el que no aparenta la justicia.

De modo que parece necesario que nadie deje de participar de ella en alguna medida, bajo pena de dejar de existir entre los humanos. Respecto de que a cualquier persona aceptan razonablemente como consejero sobre esta virtud por creer que todo el mundo participa de ella, eso digo.

328 d

Después de tan larga y notable disertación [ἐπιδειξάμενος], Protágoras dejó de hablar. Y yo, fascinado [κεκληλημένος] todavía, durante mucho tiempo lo miraba como si fuera a decir algo más, deseoso de escucharle. Una vez que ya comprendí que en realidad había acabado, como si me recuperase a duras penas, me dije a mí mismo, volviendo la vista a Hipócrates:

(339 d-e: Al decir estas cosas despertó el aplauso y la admiración de muchos de los oyentes. Incluso yo, en los primeros momentos, como si hubiera sido golpeado por un buen boxeador [ἀγαθοῦ πύκτου], me quedé entre tinieblas y me dio todo vueltas, mientras él lo decía y los demás aplaudían. Luego, voy a decirte a ti la verdad, para obtener tiempo de examinar [σκέψαι] qué decía el poeta, me vuelvo a Pródico, y le llamo y digo...)

— Hijo de Apolodoro, cuán agradecido te estoy, por haberme incitado a llegar aquí. En mucho estimo haber oído lo que he preguntado a Protágoras. Porque yo, anteriormente, creía que no había ninguna ocupación humana [ἀνθρωπίνην ἐπιμέλειαν] por la que los buenos se hicieran buenos [ἢ ἀγαθοὶ οἱ ἀγαθοὶ γίνονται]. Pero ahora estoy convencido. A excepción de una pequeña dificultad [σμικρόν τί μοι ἐμποδῶν] que me queda, que evidentemente Protágoras aclarará con facilidad, ya que nos ha aclarado tantas otras muchas.

315 a-b

Detrás de éstos, los seguían otros que escuchaban lo que se decía y que, en su mayoría, parecían extranjeros, de los que Protágoras trae de todas las ciudades por donde transita, encantándolos con su voz, como Orfeo, y que le siguen hechizados [κεκληλημένοι] por su son.

329 c

De la virtud afirmas que puede enseñarse, y yo te creo más que creería a cualquiera otra persona. Pero hay algo que me ha extrañado en tu discurso [ὃ δ' ἐθαύμασά σου λέγοντος]; cólmame ese vacío en mi alma [τοῦτό μοι ἐν τῇ ψυχῇ ἀποπλήρωσον]. Decías, pues, que Zeus envió a los hombres la justicia y el sentido moral [τὴν δικαιοσύνην καὶ τὴν αἰδῶ], y luego repetidamente en tus palabras [ἐν τοῖς λόγοις] se aludía a la justicia, la sensatez, la piedad y a todas esas cosas [ἡ δικαιοσύνη καὶ σωφροσύνη καὶ

ὀσιότης καὶ πάντα ταῦτα], como si en conjunto [εἴη συλλήβδην] formaran una cierta unidad [ἓν]: la virtud.

329 e-330 a

— De ningún modo, dijo, ya que muchos son valientes, pero injustos; o, viceversa, justos, pero no sabios [ἐπεὶ πολλοὶ ἀνδρεῖοί εἰσιν, ἄδικοι δέ, καὶ δίκαιοι αὖ, σοφοὶ δὲ οὐ].

— ¿Conque, en efecto, son partes de la virtud, dije yo, la sabiduría y la valentía?

— Y las más ciertas de todas, desde luego, contestó. Precisamente, la principal de las partes es la sabiduría [καὶ μέγιστόν γε ἡ σοφία τῶν μορίων].

— ¿Cada una de ellas es distinta de la otra?, dije.

— Sí.

— ¿Entonces también tiene cada una de ellas su facultad [δύναμιν] propia, como las partes del rostro?

329 c-e

— Detállame, por favor, exactamente con un razonamiento [τῷ λόγῳ], si la virtud es una cierta unidad [ἓν] y si son partes de ella la justicia, la sensatez y la piedad, o estas que yo ahora nombraba son, todas, nombres de algo idéntico que es único [πάντα ὀνόματα τοῦ αὐτοῦ ἐνὸς ὄντο].

— Fácil es eso de responder, Sócrates, contestó, que, de la virtud, que es única, son partes las que preguntas.

[...]

— ¿Acaso, dije yo, también participan los hombres de esas partes de la virtud, los unos de una, los otros de otra, o es necesario, que, si uno posee la virtud, las tenga todas?

330 b-c

— Vaya, dije yo, examinemos en común [κοινῇ σκεψώμεθα] cómo es cada una de ellas [ποῖόν τι αὐτῶν ἐστὶν ἕκαστον]. En primer lugar, lo siguiente: ¿La justicia es algo real [ἡ δικαιοσύνη πράγμα τί ἐστὶν], o no es nada real? A mí me parece que sí [ἐμοὶ μὲν γὰρ δοκεῖ]. ¿Y a ti?

330 c

— ¿Qué entonces? Si alguien nos preguntara a ti y a mí [εἴ τις ἕροιτο ἐμέ τε καὶ σέ]: «¿Protágoras y Sócrates, decidme, esa realidad que nombrasteis hace un momento, la justicia [ἡ δικαιοσύνη], ella misma es justa o injusta [αὐτὸ τοῦτο δίκαιόν ἐστιν ἢ ἄδικον]?», yo le respondería que justa [ἂν αὐτῷ ἀποκριναίμην ὅτι δίκαιον].

330 d-e

— Si luego a continuación nos preguntara: «¿Por consiguiente también decís que la piedad existe?», lo afirmamos, según creo.

— Sí, dijo él.

— «¿Luego decís que eso es alguna realidad?» Lo diríamos, ¿o no? También a esto asintió.

— ¿Y de esa misma realidad [τοῦτο αὐτὸ τὸ πρᾶγμα] decís que, por naturaleza, es semejante a ser impío o a ser piadoso? Me irritaría al menos yo con la pregunta, dije, y contestaría: «¡No blasfemes, hombre! [εὐφήμει, ὃ ἄνθρωπε] Difícilmente habría alguna otra cosa piadosa, si no fuera piadosa la propia piedad [σχολῆ μεντᾶν τι ἄλλο ὅσιον εἶη, εἰ μὴ αὐτὴ γε ἡ ὀσιότης ὅσιον ἔσται]» Y tú, ¿qué? ¿No responderías así?

— Desde luego, dijo.

(Cf. *Sofista* **233 b**: EXTRANJERO—. ¿En qué reside, entonces, el prodigio del poder de la sofística?

TEETETO—. ¿A cerca de qué?

EXTRANJERO—. Acerca del modo en que ellos son capaces de dar a los jóvenes la impresión de que son los más sabios respecto de todo. Porque es evidente que si ellos no contradijeran correctamente o si, para los demás, no parecieran hacerlo, y si no pareciera que tienen el aspecto de ser sabios sólo porque saben cuestionar, entonces, como tú decías, perdería el tiempo [σχολῆ] quien les diera dinero con el deseo de llegar a ser experto en esas cosas.

TEETETO— Perdería el tiempo [σχολῆ μεντᾶν].

EXTRANJERO— ¿Pero lo desean?

TEETETO— Enormemente.

EXTRANJERO— Yo creo, entonces, que ellos dan la impresión de conocer aquello [ταῦτα ἐπιστημόνως] que contradicen [ἀντιλέγουσιν].)

340 a-b

Porque, en efecto, para reponer en pie a Simónides se necesita de tu saber artístico [μουσικῆς], con el que distingues el «querer [βούλεσθαι]» y el «desear [ἐπιθυμεῖν]», como que no son lo mismo, y haces las otras muchas y hermosas distinciones que decías hace poco.

337 a-c

[PRÓDICO—.] Porque deben los que asisten a estos coloquios ser oyentes imparciales con ambos dialogantes, aunque no indiferentes. Que no es lo mismo. [...] creo que debéis ceder y discutir el uno con el otro con vuestras razones, pero no disputar. [...] A la vez nosotros, al escucharos, sentiremos así un mayor goce y no placer; porque se puede sentir goce al aprender algo y al participar de la sabiduría con la propia inteligencia [μὲν γὰρ ἔστιν μανθάνοντά τι καὶ φρονήσεως μεταλαμβάνοντα αὐτῇ τῇ διανοίᾳ], mientras que se siente placer al comer o experimentar algo dulce con el propio cuerpo.

Cuando Pródico dijo estas cosas muchísimos de los presentes expresaron su aprobación.

340 b

Mira también, ahora, si eres de mi opinión. Me parece, pues, que no se contradice a si mismo Simónides. Tú, Pródico, danos tu sentencia. ¿Te parece que es lo mismo el «ser» y el «llegar a ser», o algo distinto?

341 a-b

Y ahora me parece que no captas que lo «difícil de que hablamos, acaso no lo toma Simónides en la acepción que tú lo tomas, sino que pasa como con respecto a la palabra «terrible», que me reprende Pródico una y otra vez, cuando, al elogiarte yo a ti o a cualquier otro, digo que Protágoras es un hombre «terriblemente» sabio, y me pregunta si no me avergüenzo de llamar «terribles» a cosas buenas.

330 d-331 a

— Si luego, después de eso, dijera preguntándonos: «¿Qué acabáis de decir? ¿Es que no os he oído bien? Me había parecido que decíais que las partes de la virtud estaban unas respecto a otras, de tal modo que ninguna de ellas era como otra», yo le respondería que: «Lo demás lo has oído bien, pero en cuanto crees que yo también he dicho eso, te has equivocado. Porque la fue Protágoras, aquí a mi lado, el que respondió eso; yo sólo preguntaba.»

334 d-335 c

Protágoras, tengo el defecto de ser un hombre desmemoriado, y si alguien me habla por extenso, me olvido de sobre qué trata el razonamiento. [...] Desde luego, Protágoras, tampoco yo estoy deseoso de que hagamos el coloquio en contra de tus opiniones. Sin embargo, cuando tú quieras dialogar de modo que yo pueda seguirte, entonces hablaré contigo. Tú, pues, según de ti se dice y tú mismo lo afirmas, eres capaz de sostener coloquios en largos discursos o en breves frases [καὶ ἐν μακρολογία καὶ ἐν βραχυλογία οἷός τ' εἶ συνουσίας ποιῆσθαι]. Porque eres sabio. Yo, en cambio, soy incapaz de esos largos párrafos, ya que bien querría tener tal capacidad.

343 b

¿Que por qué digo esto? Porque ése era el carácter de la sabiduría [ὁ τρόπος ἦν τῶν παλαιῶν τῆς φιλοσοφίας] de los antiguos, una cierta brevilocuencia lacónica [βραχυλογία τις Λακωνική].

342 a-e

Yo ahora, dije, intentaré exponeros cuál es mi opinión [] sobre este canto [ἐγὼ τοίνυν, ἦν δ' ἐγὼ, ἃ γέ μοι δοκεῖ περὶ τοῦ ἄσματος τούτου, πειράσομαι ὑμῖν διεξελεθεῖν]. El amor por la ciencia [φιλοσοφία] es muy antiguo y muy grande [παλαιοτάτη τε καὶ πλείστη] entre los griegos en Creta y en Lacedemonia, y hay numerosísimos sofistas [σοφισταὶ πλείστοι] en aquellas tierras. Pero ellos lo niegan y se fingen ser ignorantes [ἐξαρνοῦνται καὶ σχηματίζονται ἀμαθεῖς εἶναι], para que no se descubra que aventajan en sabiduría [σοφία] a los demás griegos, como los sofistas que mencionaba Protágoras; y aparentan, en cambio, ser superiores en el combatir y en el coraje, pensando que si se conociera en qué son superiores, todos se ejercitarían en ello, en la sabiduría, Ahora, pues, ocultándolo, tienen engañados [δὲ ἀποκρυψάμενοι ἐκεῖνο ἐξηπατήκασιν] a los laconizantes de las

otras ciudades, y éstos se desgarran las orejas por imitarlos [μιμούμενοι] [...]. Pero, cuando los lacedemonios quieren tratar libremente con sus sofistas, y ya se han cansado de tratarlos a escondidas, llevan a cabo una expulsión de extranjeros, de esos laconizantes y de cualquier otro extranjero que se halle de visita, y se reúnen con sus sofistas, sin que se enteren los extranjeros; por otra parte, no permiten a ninguno de los jóvenes salir a otras ciudades, como tampoco lo permiten los cretenses, para que no desaprendan lo que ellos les enseñaron. En estas ciudades, no sólo los hombres están orgullosos de su educación, sino también las mujeres. Podéis daros cuenta de que digo la verdad y de que los lacedemonios se bailan óptimamente educados en la filosofía y los discursos [πρὸς φιλοσοφίαν καὶ λόγους] en esto: si uno quiere charlar con el más vulgar de los lacedemonios, encontrará que en muchos temas en la conversación parece algo tonto, pero luego, en cualquier punto de la charla, dispara una palabra digna de atención, breve y condensada, como un terrible arquero [ἐνέβαλεν ῥῆμα ἄξιον λόγου βραχὺ καὶ συνεστραμμένον ὥσπερ δεινὸς ἀκοντιστής], de modo que su interlocutor no parece más que un niño [ὥστε φαίνεσθαι τὸν προσδιαλεγόμενον παιδὸς μηδὲν βελτίω].

De eso mismo ya se han dado cuenta algunos de los actuales y de los antiguos, de que laconizar es más bien dedicarse a la sabiduría que a la gimnasia, conociendo que ser capaz de pronunciar tales frases es propio de un hombre perfectamente educado.

343 d

Al principio del canto parecería una rareza, si es que quiere decir que es difícil hacerse hombre de bien, introducir lo de «por cierto».

Instituto de estudios culturales avanzados

343 e-344 c

«Amigos, es difícil ser digno», el otro respondería: «Pítaco, no dices verdad; pues no *ser*, sino *llegar a ser*, por cierto, un hombre de bien, equilibrado de manos, pies e inteligencia, forjado sin tacha, es difícil, de verdad.» Así parece que está colocado, con razón, el «por cierto» y el «de verdad», justamente puesto al final. Y todo lo que sigue atestigua que está dicho así. Pues hay muchos detalles en tomo a cada una de las sentencias del canto para mostrar que está bien dicha. En efecto, es muy agradable y muy cuidado. Pero sería largo explicarlo así. Basta que expongamos su impronta en conjunto y su intención, que más que nada es una refutación de la sentencia de Pítaco a través de todo el poema. Después de esto, avanzando un poco, dice, como si expusiera un razonamiento [λέγοι λόγον], que «llegar a ser hombre de bien es, por cierto, difícil de verdad», pero posible por un cierto tiempo; pero una vez alcanzado esto, permanecer en esta disposición y ser hombre de bien», como tú dices, Pítaco, imposible e inhumano, ya que «sólo un dios tendría tal dominio».

338 e-339 a

[PROTÁGORAS—.] Creo yo, Sócrates, que, para un hombre, parte importantísima de su educación es ser entendido en poesía. Es decir, ser

capaz de comprender lo que dicen los poetas, lo que está bien y lo que no, y saber distinguirlo y dar explicación cuando se le pregunta [καὶ ἐρωτώμενον λόγον δοῦναι]. También ahora será la cuestión acerca del mismo tema del que tú y yo hace un momento hablábamos, sobre la virtud, pero trasladado a la poesía. [...] Dice, pues, en algún sitio Simónides...

316 d

[PROTÁGORAS—.] Yo, desde luego, afirmo que el arte de la sofística es antiguo, si bien los que lo manejaban entre los varones de antaño, temerosos de los rencores que suscita, se fabricaron un disfraz, y lo ocultaron, los unos con la poesía, como Homero, Hesíodo y Simónides.

344 d-e

Es al timonel [κυβερνήτην], al sobrevenir una gran tempestad, al que ésta puede dejar imposibilitado; y a un labrador, una mala estación que se le presenta lo puede dejar sin recursos, y a un médico lo mismo. Así el noble cede hasta hacerse malo [ἐσθλῷ ἐγχωρεῖ κακῷ γενέσθαι], como se atestigua por otro poeta que dice:

«Entonces el hombre de bien es unas veces malo; otras, bueno»

El malo, en cambio, no cede hasta llegar a serlo, sino que lo es siempre forzosamente.

(Cf. *República* 488 b-e: [...] hay un patrón, más alto y más fuerte que todos los que están en ella, pero algo sordo, del mismo modo corto de vista y otro tanto de conocimientos náuticos, mientras los marineros están en disputa sobre el gobierno de la nave, cada uno pensando que debe pilotar él, aunque jamás haya aprendido el arte [μήτε μαθόντα πόποτε τὴν τέχνην] del timonel y no pueda mostrar cuál fue su maestro [διδάσκαλον] ni el tiempo en que lo aprendió [ἐν ᾧ ἐμάθανεν]; declarando, además, que no es un arte que pueda enseñarse [μηδὲ διδακτὸν εἶναι], e incluso están dispuestos a descuartizar al que diga que se puede enseñar; se amontonan siempre en derredor del patrón de la nave, rogándole y haciendo todo lo posible para que les ceda el timón. [...] tras beber y celebrar, navegan del modo que es probable hagan semejantes individuos; y además de eso alaban y denominan “navegador [ναυτικόν]”, “piloto [κυβερνητικόν]” y “entendido en náutica [ἐπιστάμενον τὰ κατὰ ναῦν]” al que sea hábil para ayudarlos a gobernar la nave, persuadiendo u obligando al patrón en tanto que al que no sea hábil para eso lo censuran como inútil. No perciben que el verdadero piloto [ἀληθινοῦ κυβερνήτου] necesariamente presta atención [ὅτι ἀνάγκη αὐτῷ τὴν ἐπιμέλειαν ποιῆσθαι ἐνιαυτοῦ] al momento del año, a las estaciones, al cielo, a los astros, a los vientos y a cuantas cosas conciernen a su arte [πάντων τῶν τῆ τέχνη], si es que realmente ha de ser soberano [ἀρχικός] de su nave; y, respecto de cómo pilota con el consentimiento de otros o sin él, piensan que no es posible adquirir el arte del timonel [τὴν κυβερνητικὴν] ni en cuanto a conocimientos técnicos ni en cuanto a la práctica [μήτε τέχνην τούτου μήτε μελέτην]. Si suceden tales cosas en la nave, ¿no estimas que el verdadero piloto [ἀληθῶς κυβερνητικόν] será llamado

[γγινομένων] “observador de las cosas que están en lo alto”, “charlatán” e “inútil” por los tripulantes de una nave en tal estado?)

340 a

Me parece que yo te llamo en mi socorro, como contaba Homero que el Escamandro sitiado por Aquiles apelaba al Simunte: «¡Querido hermano, el empuje de este hombre juntos los dos detengamos! [Cf. *Iliada*, XXI, 308-9: φίλε κασίγνητε σθένος άνέρος άμφοτέροί περ/ σχῶμεν, έπει τάχα ἄστν μέγα Πριάμοιο ἄνακτος/ έκπέρσει)], así ahora te reclamo yo, para que no nos destruya [έκπέρση] Protágoras a nuestro Simónides.

346 d-e

De modo que no por eso dejaré de elogiar a nadie; pero me basta con que alcance un término medio y con que no haga nada malo, con tal condición yo elogio y aprecio a cualquiera.» Y aquí usa el dialecto de Mitilene, al dirigirse e a Pítaco, cuando dice que: «A cualquiera elogio y aprecio voluntariamente» —ahí es preciso tener cuidado al decir «voluntariamente»—, a quien no haga nada malo.

347 a-b

Entonces dijo Hipias:

—Aunque me parece, Sócrates, que te has explicado bien tú sobre este canto, tengo, sin embargo, también yo sobre él un discurso que va bien y que os lo voy a recitar en seguida, si queréis.

Y contestó Alcibíades:

— Claro que sí, Hipias, pero en otra ocasión. Ahora es justo hacer lo que antes acordasteis uno con otro, Protágoras y Sócrates.

337 e-338 b

[HIPIAS—.] Así que yo os suplico y aconsejo, Protágoras y Sócrates, que hagáis un pacto coincidiendo uno y otro en el punto medio, a instancias nuestras, como si nosotros fuéramos una especie de árbitros. Y, ni tú busques esa fórmula precisa de los diálogos en la excesiva brevedad, si no le resulta grata a Protágoras [...], ni, a su vez, Protágoras despliegue todos los cables y, soltando velas, huya hacia el alto mar de sus discursos, perdiendo de vista la tierra, sino que ambos toméis un atajo intermedio. Obrad así, pues, y hacedme caso, elegid un árbitro, un juez, un presidente, que os controle la extensión moderada de las palabras de cada uno.

336 c-d

[ALCIBÍADES—.] Si, pues, Protágoras reconoce ser inferior a Sócrates en dialogar, ya le basta a Sócrates. Pero si se resiste a eso, que se dialogue con preguntas y respuestas, sin extenderse con un largo discurso a cada pregunta, haciendo retumbar las palabras y negándose a dar razón, y alargándose hasta que la mayoría de los oyentes haya olvidado sobre qué era la pregunta. Porque, en cuanto a Sócrates, yo salgo fiador de que no se olvidará, a no ser que bromea y diga que es un olvidadizo. A

347 c-348 a

Si quiere, dejemos lo que respecta a los cantos líricos y épicos; y acerca de lo que yo te pregunté al principio, Protágoras, con gusto avanzaría hasta el final examinándolo contigo. Pues me parece que el dialogar sobre la poesía es mucho más propio para charlas de sobremesa de gentes vulgares y frívolas. [...] con opinión propia ni con argumentos suyos, a causa de su falta de educación, encarecen a los flautistas, pagando mucho en el alquiler de la voz ajena de las flautas, y acompañados por el son de éstas pasan el tiempo unos con otros. Pero, donde los comensales son gentes de bien y de cultura, no consigues ver flautistas [...] como son capaces de tratar unos con otros sin los jaleos y los juegos ésos, con su propia voz, hablan y escuchan a su turno con gran moderación, por mucho vino que beban. Así también estas reuniones, si se componen de hombres tales como la mayoría de nosotros dicen ser, para nada necesitan de voces ajenas ni siquiera de poetas, a los que no se puede preguntar de qué hablan; y muchos, al traerlos a colación en sus argumentos, los unos dicen que el poeta pensaba esto y los otros aquello, discutiendo sobre asuntos que son incapaces de demostrar. Pero los educados dejan a un lado las reuniones de esa clase, y ellos conversan por sí mismos entre sí, tomando y dando una explicación recíproca en sus diálogos [ἐν τοῖς ἑαυτῶν λόγοις πείραν ἀλλήλων λαμβάνοντες καὶ δίδοντες]. A éstos parece que debemos imitar [μιμεῖσθαι] más tú y yo; y, deponiendo a un lado a los poetas, hagamos nuestros razonamientos [λόγους ποιεῖσθαι] uno con otro, poniendo a prueba la verdad y a nosotros mismos [τῆς ἀληθείας καὶ ἡμῶν αὐτῶν πείραν λαμβάνοντας].

Instituto de estudios culturales avanzados

348 b-c

Protágoras no daba muestras de por qué se decidiría. [...] Protágoras se avergonzó, me pareció a mí, cuando Alcibíades dijo esto, y al rogársele Calias y algunos otros de los presentes, consintió, a duras penas, en el diálogo; y me invitaba a que yo le preguntara para responderme. Yo le dije entonces:

— Protágoras, no creas que yo dialogo contigo con otra intención que la de examinar estas cosas de las que yo no conozco solución.

349 b

¿La sabiduría, la sensatez, el valor, la justicia y la piedad, qué son, cinco nombres para una sola cosa, o a cada uno de los nombres subyace una esencia particular [τις ἴδιος οὐσία] y cada objeto tiene su propia facultad, que no es igual la una a la otra?

349 c-d

Di si te parece aún que eso es así. Y si de otro modo, defínelo, de modo que yo no te haga ningún perjuicio, si tú ahora en eso piensas de algún otro modo. Pues no me sorprenderla que entonces me hubieras dado esa respuesta por ponerme a prueba [ἀποπειρώμενός].

341 d

Es que también yo creo, Protágoras, contesté, que eso dice Simónides, y también este Pródico lo sabe, pero juega y me parece que está poniendo a prueba si serás capaz de defender tu propia tesis.

349 e

— Además, ¿afirmas que la virtud es algo hermoso [τὴν ἀρετὴν καλόν τι φησ εἶναι], y, en la idea de que se trata de algo hermoso [καλοῦ ὄντος], tú mismo te ofreces como maestro de ésta?

— Desde luego, lo más hermoso [κάλλιστον], si no desvarío [μαίνομαί], dijo.

— ¿Alguna parte de ella es hermosa y otra fea, o tan sólo hermosa [τι καλόν, ἢ ὅλον καλόν]?, pregunté.

— Hermosa por entero, y en la mayor medida posible [ὅλον που καλὸν ὡς οἶόν τε μάλιστα].

351 b-d

— ¿Consideras, Protágoras, que algunos de los hombres viven bien [εὖ ζῆν] y otros mal?

— Sí.

— ¿Te parece que un hombre vive bien, si vive apenado y dolorido?

— No, dijo.

— ¿En cambio, si concluye su existencia tras vivir agradablemente [τί δ' εἰ ἡδέως βιοῦς τὸν βίον τελευτήσσειεν;], no te parece entonces que ha vivido bien [οὐκ εὖ ἂν σοι δοκεῖ οὕτως βεβιωκέναι;]?

— A mí, sí, dijo.

— El vivir placenteramente entonces es bueno [ζῆν ἀγαθόν], y el vivir a disgusto, malo [κακόν].

— Siempre que viva gozando de las cosas buenas, dijo [εἴπερ τοῖς καλοῖς γ', ἔφη, ζῶν ἡδόμενος].

— ¿Qué pasa, Protágoras? ¿No coincidirás tú con la gente que llama malas a algunas cosas agradables y e buenas, a algunas desagradables? [...]

— No sé, Sócrates, dijo, si me es posible responder, tan sencillamente como tú preguntas, que las placenteras son buenas todas y las desagradables malas. Pero me parece más seguro para mí responder no sólo frente a esta pregunta de ahora, sino también de acuerdo con toda mi vida pasada.

351 e-352 a

— Como tú dices, una y otra vez, Sócrates, dijo, examinémoslo [σκοπώμεθα], y si el examen parece estar de acuerdo con el razonamiento y resulta ser lo mismo lo placentero y lo bueno, lo acordaremos [καὶ ἐὰν μὲν πρὸς λόγον δοκῆ εἶναι τὸ σκέμμα καὶ τὸ αὐτὸ φαίνεται ἡδύ τε καὶ ἀγαθόν, συγχωρησόμεθα]; y si no, entonces ya habrá que discutir.

— ¿Prefieres, dije yo, guiar tú la investigación [τῆς σκέψεως], o soy yo el guía [ἢ ἐγὼ ἡγῶμαι]?

— Es justo [δίκαιος] que tú la conduzcas [σὺ ἡγεῖσθαι], dijo. Pues tú diste inicio al argumento [σὺ γὰρ καὶ κατάρχεις τοῦ λόγου].

348 c-d

Pues creo que acertaba Homero al decir lo de:

«*Marchando los dos juntos, el uno alcanza a ver [ἐνόησεν] antes que el otro*».

Porque reunidos somos los hombres de algún modo más hábiles para cualquier trabajo, palabra o plan [ἔργον καὶ λόγον καὶ διανόημα]. Si uno piensa algo él solo, en seguida, marchando por su alrededor busca a quién demostrárselo y con quién asegurarse, hasta que lo encuentra [μοῦνος δ' εἴπερ τε νοήσῃ, αὐτίκα περιῶν ζητεῖ ὅτῳ ἐπιδείξεται καὶ μεθ' ὅτου βεβαιώσεται, ἕως ἂν ἐντύχῃ].

(Cf. *Iliada* x, 242-47: Volvió a decir Diomedes, valeroso en el grito de guerra:/ «Si me ordenáis que sea yo quien escoja compañero,/ ¿cómo entonces podría olvidarme del divino Ulises,/ cuyo prudente corazón y arrogante ánimo sobresale/ en todos los trabajos, y a quien ama Palas Atenea?/ Con éste en mi compañía, incluso del ardiente fuego/ regresáramos, porque sabe como nadie aguzar la vista [ἐπεὶ περίοιδε νοῆσαι].»)

341 b

[...] digo que Protágoras es un hombre «terriblemente» sabio [σοφὸς καὶ δεινός], y me pregunta si no me avergüenzo de llamar «terribles» a cosas buenas [εἰ οὐκ αἰσχύνομαι τὰγαθὰ δεινὰ καλῶν].

Instituto de estudios culturales avanzados

348 e-349 a

¿Qué otro mejor que tú? Tú, que no sólo confías ser persona de bien [...] eres capaz de hacer a otras personas de bien. Y tal confianza tienes en ti mismo, que, mientras otros ocultan tal arte, tú lo proclamas claramente ante todos los griegos, llamándote sofista, y te has manifestado como maestro de educación y de virtud [ἀπέφηνας αἰδεύσεως καὶ ἀρετῆς διδάσκαλον], siendo el primero en considerarte digno de recibir una paga por ese motivo. ¿Cómo, pues, no debería convocarte para la averiguación de este asunto y preguntarte y comunicártelo? No cabe otro recurso.

352 a-353 b

Del mismo modo que una persona, al realizar un examen con vistas a la salud o a cualquier otra operación corporal a partir del aspecto exterior, viendo el rostro y la parte de las manos, diría: «Venga, ahora descúbrete, por favor, y muéstrame [ἐπίδειξον] el pecho y la espalda, para que te observe con más precisión»; algo así deseo yo también para mi examen. Al ver que te mantienes en esa actitud, que expones, respecto de lo bueno y de lo placentero [πρὸς τὸ ἀγαθὸν καὶ τὸ ἡδὺ], tengo que decirte también algo parecido: «Venga, por favor, ahora Protágoras, descúbreme este costado de tu pensamiento [τόδε τῆς διανοίας ἀποκάλυψον]: ¿Qué opinas de la ciencia

[ἐπιστήμην;]? ¿Es que tienes la misma opinión que la mayoría [τοῖς πολλοῖς ἀνθρώποις], o piensas de modo distinto?» La mayoría piensa de ella algo así, como que no es firme ni conductora ni soberana [δοκεῖ δὲ τοῖς πολλοῖς περὶ ἐπιστήμης τοιοῦτόν τι, οὐκ ἰσχυρόν οὐδ' ἡγεμονικόν οὐδ' ἀρχικόν εἶναι]. No sólo piensan eso en cuanto a su existencia de por sí, sino que aun muchas veces, cuando algún hombre la posee, creen que no domina en él su conocimiento [ἀλλ' ἐνούσης πολλάκις ἀνθρώπῳ ἐπιστήμης οὐ τὴν ἐπιστήμην αὐτοῦ ἄρχειν ἀλλ' ἄλλο τι], sino algo distinto, unas veces la pasión [θυμὸν], otras el placer [ἡδονήν], a veces el dolor [λύπην], algunas el amor [ἔρωτα], muchas el miedo [φόβον], y, en una palabra, tienen la imagen de la ciencia [ἀτεχνῶς διανοούμενοι περὶ τῆς ἐπιστήμης] como de una esclava [περὶ ἀνδραπόδου], arrollada por todo lo demás.

— Opino tal como tú dices, Sócrates, contestó; y, desde luego, más que para ningún otro, resultaría verd gonzoso precisamente para mí no afirmar que la sabiduría y el conocimiento son lo más soberano en las costumbres humanas.

— Hablas tú bien y dices verdad, dije. Sabes entonces que muchos hombres no nos creen, ni a ti y ni a mí, [...].

— Creo que, como en muchos otros temas, no hablan correctamente los hombres.

— Venga, pues, intenta conmigo persuadidos y enseñarles en qué consiste esa experiencia que ellos califican como «ser dominados por los placeres» y por las que no hacen lo mejor, aun cuando lo conozcan. Tal vez al decirles nosotros: «No habláis con razón, hombres, sino que os engañáis», nos preguntarán: «Protágoras y Sócrates, si no existe este sentimiento de ser dominados por el placer, será sin duda otra cosa, y ¿qué decís vosotros que es esto? Decidnos.»

— ¿Qué, Sócrates? ¿Tenemos que analizar la opinión del vulgo, la de quienes dicen lo que se les ocurre?

— Creo, dije yo, que esto nos servirá de algo para descubrir en qué relación está el valor con las otras partes de la virtud. Si te parece bien que nos mantengamos en lo que hace poco acordarnos, que yo condujera por donde yo creo que nos aclararemos mejor, sígueme. Si no quieres, y lo prefieres así, lo dejamos.

356 d-357 a

— «Si para nosotros, por tanto, la felicidad consistiera en esto: en hacer y escoger los mayores tamaños, y en evitar y renunciar a los más pequeños, ¿qué se nos mostraría como la mejor garantía de nuestra conducta [τίς ἂν ἡμῖν σωτηρία ἐφάνη τοῦ βίου]? ¿Acaso el arte de medir, o acaso el impacto de las apariencias [ἄρα ἢ μετρητικὴ τέχνη ἢ ἡ τοῦ φαινομένου δύναμις]? Éste nos perdería y nos haría vacilar, una y otra vez, hacia arriba y hacia abajo en las mismas cosas, y arrepentimos en nuestros actos y elecciones en torno a lo grande y lo pequeño. Pero la métrica haría que se desvaneciera tal ilusoria apariencia [ἢ δὲ μετρητικὴ ἄκυρον μὲν ἂν ἐποίησε τοῦτο τὸ φάντασμα] y, mostrando lo auténtico, lograría que el alma se mantuviera serena [τὴν ψυχὴν μένουσαν], permaneciendo en la verdad, y

pondría a salvo nuestra existencia [ἐπὶ τῷ ἀληθεῖ καὶ ἔσωσεν ἂν τὸν βίον]. ¿Reconocerían los demás, ante eso, que nos salvaría el arte de medir o algún otro [ἄρ' ἂν ὁμολογοῖεν οἱ ἄνθρωποι πρὸς ταῦτα ἡμᾶς τὴν μετρητικὴν σφῆζεν ἂν τέχνην ἢ ἄλλην]?»

— El arte de medir, reconocía Protágoras.

— «¿Y si en la elección entre lo par y lo impar estribase la salvación de nuestra vida [ἡμῶν ἦν ἡ σωτηρία τοῦ βίου], cuando fuera preciso elegir correctamente, el más o el menos, en comparación mutua o en otros respectos, tanto si es de lejos como si es de cerca, qué nos salvaría la vida? ¿No sería el conocimiento científico [ἄρ' ἂν οὐκ ἐπιστήμη]? ¿Y no sería una cierta ciencia métrica [μετρητικὴ τις], puesto que es la ciencia [ἢ τέχνη] del exceso y de la inferioridad? ¿Porque acaso la ciencia de lo par y lo impar va a ser otra que la aritmética [ἢ ἀριθμητικὴ]?»

A Protágoras le pareció que asentarían.

— «Bueno, señores. Ya que nos pareció que la salvaguarda de la vida consistía en la recta elección del placer y del dolor, del mayor y el menor, del más numeroso y el que menos, tanto de más lejos como de más cerca, ¿no os parece una métrica [οὐ μετρητικὴ φαίνεται], en principio, el examen de la superioridad y de la inferioridad o la igualdad de uno y otro [ὑπερβολῆς τε καὶ ἐνδείας οὔσα καὶ ἰσότητος πρὸς ἀλλήλας σκέψις]?»

— Necesariamente.

— «Puesto que es métrica, seguro que será un arte y una ciencia [ἐπεὶ δὲ μετρητικὴ, ἀνάγκη δὴπου τέχνη καὶ ἐπιστήμη].»

334 d-e

[PROTÁGORAS—.] Así el bien es algo tan variado y tan multiforme, que aun aquí lo que es bueno para las partes externas del hombre, eso mismo es lo más dañino para las internas. Y, por eso, todos los médicos prohíben a los enfermos el uso del aceite, a no ser una pequeñísima cantidad en lo que vayan a comer.

313 d-e

Desde luego de enseñanzas, dije yo. [...] Pues tampoco ellos saben, de las mercancías que traen ellos mismos, lo que es bueno o nocivo para el cuerpo, pero las alaban al venderlas; y lo mismo los que se las compran, a no ser que alguno sea un maestro de gimnasia o un médico. Así, también, los que introducen sus enseñanzas por las ciudades para venderlas al por mayor o al por menor a quien lo desee, elogian todo lo que venden; y seguramente algunos también desconocerán, de lo que venden, lo que es bueno o nocivo para el alma. Y del mismo modo, también, los que las compran, a no ser que por casualidad se encuentre por allí un médico del alma.

344 e-345 a

¿Cuál es entonces el buen actuar en las letras, y qué hace, a un hombre, bueno en las letras? Evidentemente su estudio. ¿Qué saludable ejercicio forma a un buen médico? Evidentemente el aprendizaje del

cuidado de los enfermos. Y lo forma mal el malo. ¿Quién, pues, puede hacerse un mal médico? Evidentemente el que al principio resultó un buen médico, y luego médico malo. Nosotros los ajenos a la medicina no seríamos nunca, pese a nuestros fracasos, ni médicos ni arquitectos ni nada de eso. Y quien no se haga médico por sus fracasos, tampoco mal médico, claro. Así también el hombre de bien puede hacerse malo, o por el tiempo, o por la fatiga, o por enfermedad, o por algún otro accidente. Pues ésta es la única acción mala: carecer de ciencia [ἐπιστήμης]. El hombre malo no puede hacerse malo, porque ya lo es de siempre; si quiere hacerse malo, le es necesario antes hacerse bueno.

357 d-e

«Porque también vosotros habéis reconocido que se yerra por falta de conocimiento al errar en la elección de los placeres y dolores. Que eso son los bienes y los males. Y no sólo por falta de una ciencia, sino que además con lo anterior habéis reconocido que por la de una ciencia de medir. La acción que yerra por falta de conocimiento sabéis vosotros, sin duda, que se lleva a cabo por ignorancia. De modo que eso es el *someterse al placer*: la mayor ignorancia. Médico de ella afirma ser este Protágoras, como también Pródico e Hippias. Vosotros, por creer que era otra cosa que ignorancia, ni acudís en persona ni enviáis a vuestros hijos a buscar a los maestros al respecto, los sofistas; creyendo que no es enseñable, ahorráis vuestro dinero, y, por no dárselo, obráis mal tanto en privado como en público.»

Eso les habríamos respondido a la multitud.

340 d-e

Pero Protágoras dijo:

— Tu corrección, Sócrates, tiene un defecto mayor que el que corriges.

Entonces contesté:

— Mal lo he hecho entonces, Protágoras, y soy un médico ridículo. Al curar, hago más grave la enfermedad.

360 d-362 a

También aquí asintió.

— ¿Y la ignorancia de éstos es cobardía?

Muy a su pesar, suspiró también de nuevo.

— ¿Entonces en el saber de lo temible y de lo no temible consiste el valor, que es contrario a la ignorancia? Aquí ya no quiso ni siquiera asentir con un gesto y se callaba. Y yo dije:

— ¿Qué pasa, Protágoras, que ni asientes a lo que pregunto ni lo rebates?

— Concluye tú mismo, dijo.

— Después de preguntarte sólo una cosa más, dije yo: si te parece, como al principio [τὸ πρῶτον], que hay algunos hombres muy ignorantes, y, sin embargo, muy valientes.

— Me parece, Sócrates, que te ufanas de tu victoria [φιλονικεῖν], al hacer que sea yo el que responda. Te contestaré, pues, y lo afirmo, que según lo que hemos reconocido me parece imposible.

— No te pregunto todo esto, dije, con otra intención que con la de examinar qué pasa en lo que respecta a la virtud, y qué es ella en sí misma, la virtud. Porque sé que, al aclararse eso, puede hacerse más diáfano aquello sobre lo que tú y yo hemos hecho, cada uno, un largo discurso en el que decía yo que la virtud no era enseñable, y tú, que sí podía enseñarse. [...] Conque yo, Protágoras, cuando veo todas estas cosas, que se revuelven arriba y abajo tremendamente [πάντα ταῦτα καθορῶν ἄνω κάτω ταραπτόμενα δεινῶς], tengo gran empeño en que resulten claras [προθυμίαν ἔχω καταφανῆ αὐτὰ γενέσθαι], y querría que, después de debatirlas, debatiéramos también sobre la virtud, lo que ésta es, y de nuevo examináramos eso mismo de antes, si es enseñable o no puede enseñarse, para que no nos falle y nos engañe también en el análisis aquel Epimeteo, que, ya en su distribución, nos había descuidado, según tú dices. Porque en el mito me agradó más Prometeo que Epimeteo. Tomándolo como ejemplo también yo, con previsión en cuanto a mi propia vida, me ocupo de todas estas cosas [ᾧ χρώμενος ἐγὼ καὶ προμηθούμενος ὑπὲρ τοῦ βίου τοῦ ἐμαυτοῦ παντὸς πάντα ταῦτα πραγματεύομαι]. Y si tú quisieras, como te decía al principio, con muchísimo gusto las examinaría junto contigo.

Contestó entonces Protágoras:

— Yo, Sócrates, elogio tu interés y tu pericia en conducir los diálogos [ἐπαινῶ σου τὴν προθυμίαν καὶ τὴν διέξοδον τῶν λόγων]. Porque, aunque tampoco en lo demás creo ser mala persona, soy el menos envidioso de los hombres, y desde luego he dicho acerca de ti, a muchos, que te admiro de manera muy extraordinaria a ti entre todos los que he tratado, y más allí entre los que tienen tu edad. Y digo que no me extrañaría que llegaras a ser uno de los hombres ilustres por su saber. Y otra vez, si quieres, nos ocuparemos de eso. Ahora es ya tiempo de dedicarme a otros asuntos.

— Bien, así ha de hacerse, si te parece bien.

También a mí me parecía, desde hacía tiempo, que era ya hora de irme adonde dije; pero me había quedado por complacer al excelente Calias. Y, después de haber dicho y escuchado estas cosas, nos fuimos.

335 c-d

Al tiempo que decía esto me levanté como para salir. Entonces, ya de pie, me toma Calias de la mano d con su derecha, y con la izquierda me agarra de este tabardo, y me dice:

— No te dejaremos, Sócrates. Que si tú te vas, ya no tendremos diálogo [οἱ διάλογοι] de tal calidad. Así que te suplico que te quedes con nosotros, que yo a nadie oiría más a gusto que a ti y a Protágoras dialogando. Haznos a todos nosotros el favor.

Y le contesté yo—ya me había levantado para salir:

— ¡Hijo de Hipónico! Continuamente me asombra tu amor por la sabiduría [φιλοσοφίαν ἄγαμαι].